

090. María la de Magdala

Recordar a la Magdalena es traer a la memoria a una mujer del Evangelio que tiene en su puño el corazón de todos los cristianos. La primera noticia que tenemos de ella nos la da Lucas cuando nos dice: *Y entre las buenas mujeres, todas grandes amigas, que acompañaban a Jesús y le servían a Él y a los apóstoles, estaba María la de Magdala, de la cual había expulsado siete demonios...* (L. 8,3)

¡Pobre Magdalena, la de estos siete demonios! Como Lucas, lo mismo que Marcos, no especifican más acerca de estos siete espíritus, la fantasía de muchos le ha echado encima una enorme calamidad.

¿Fue una pecadora de tal categoría, que era la mujer más perdida?... No, nada de esto. Lo más probable es que se tratara de enfermedades, por aquel entonces o desconocidas o incurables, tanto físicas como psicológicas —atribuidas al demonio—, que tuvieron a la pobre mujer sujeta al dolor y al rechazo de la gente, cuando a lo mejor era inocente como un ángel.

¿Estuvo endemoniada, de manera que necesitó un exorcismo?... Pudo, sí, haber estado, sin culpa alguna suya, poseída del demonio de manera terrible, y del cual fue liberada por Jesús, el cual no dudó en admitirla entre sus seguidoras, precisamente por lo intachable de su vida.

Lo cierto es que la Magdalena —contra todo lo que hacen los artistas y dicen los poetas— no es aquella prostituta arrepentida, y tan bella también, cuyo nombre desconocemos, que ungió los pies de Jesús en la casa del fariseo, y que el Señor despidió en paz porque había amado mucho.

María Magdalena —tal como la vemos por los Evangelios— era una mujer formidable, servidora solícita del Señor, amiga del grupo apostólico, apasionada por Jesús como ninguna, y fiel hasta el último momento ante la cruz y junto al sepulcro.

María lleva en su alma toda la riqueza que distingue a su ciudad natal, Magdala, asentada en la costa occidental del lago de Genesaret, rodeada de suelo fértil, famosa por su riqueza pesquera, que enviaba grandes tesoros a Jerusalén, y célebre también por la relajación de sus costumbres.

Al seguir tan de cerca a Jesús en sus correrías por los caminos de Galilea, en compañía de Juana, la palaciega real, esposa del administrador de Herodes; de Susana, y de otras que asistían con sus bienes a Jesús y al grupo de los apóstoles, la Magdalena se iba embebiendo de la doctrina de Jesús, se fue entusiasmando cada vez más por el adorado Maestro, y llegó a ser grande amiga de María, la Madre bendita del Señor, de la que no se soltó cuando llegó la hora suprema del Calvario.

Bajado de la cruz el cadáver de Jesús, y mientras Nicodemo, Juan y el de Arimatea lo embalsaman, la Magdalena está sentada delante del sepulcro, llena de dolor, y se va diciendo: *-¡Qué mal que lo hacen, llevados por las prisas del sábado que se echa encima! Ya lo arreglaré yo...*

En la mañana de la resurrección es cuando se nos abren de par en par el corazón y el alma de esta mujer incomparable. Aún no ha rasgado el alba, cuando va el grupo de las amigas al sepulcro dispuestas a embalsamar mejor el cadáver del Señor. La única preocupación que llevan se la manifiestan con algo de angustia:

- ¿Y quién nos va a remover la enorme losa del sepulcro?... Bueno, ya veremos cómo nos las arreglamos. Pronto les desaparece la duda.

La Magdalena es la primera en gritar: *-Pero, ¿qué ha pasado? ¡Si el sepulcro está abierto! ¡No puede ser sino que han robado el cadáver del Señor!...* Deja a las compañeras solas, y echa a correr hacia Pedro y Juan: *-¡Que han robado al Señor! Id a ver el sepulcro, que está abierto y debe estar vacío...* Corren Pedro y Juan, comprueban la verdad, y se vuelven a la ciudad pensativos... Pronto les llegan las amigas de la Magdalena, con la noticia: *-¡Hemos visto a unos ángeles, y nos aseguran que el Señor ha resucitado!...*

La de Magdala no ha visto nada, y sola ante el sepulcro, ve a dos ángeles que le preguntan: *-Mujer, ¿por qué lloras?* Y ella, sin pensarlo tan siquiera: *-Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.*

No les hace más caso a los ángeles, se vuelve de espaldas, y pregunta al desconocido que está allí de pie y que le pregunta: *-Mujer, ¿por qué lloras, y a quién buscas?* Ella no discurre, y pide a su vez: *-Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo iré a recoger.*

El desconocido sonrío, y, con voz inefable, con su voz inconfundible, pronuncia un nombre: *-¡María!...* La de Magdala responde con un grito: *-¡Maestro mío!...*, y se echa a sus pies, los besa sin parar, y no los deja hasta que le ordena Jesús: *-¡Suéltame, por favor!, y vete corriendo a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios...*

Jesús tiene que desaparecer para que la Magdalena lo suelte y vaya a cumplir su encargo, que transmite con voz casi alocada: *-¡He visto al Señor! ¡He visto al Señor, y me ha dicho esto para vosotros!...*

Con esta escena, desaparece del Evangelio la Magdalena. Pero, ¿qué vemos, qué ha visto siempre la Iglesia en María de Magdala? Sólo esto, que encierra todo lo que es para nosotros el Evangelio entero: Una fidelidad inquebrantable para seguir al Señor, y un amor apasionado al querido Maestro.

Amar a Jesús. Amarle hasta la locura. Estar agarrados a Jesús sin soltarlo jamás. Vivir de Jesús y vivir sólo para Jesús. Y comunicar a todos, con pasión contagiosa, esa ilusión y ese amor que nos llena el alma: *-¡He visto al Señor! ¡Lo llevo dentro! ¡Jesús es todo el amor de mi corazón!*

Esta es la quintaesencia del Evangelio y el ideal supremo del cristiano. Conocer a Jesús, amarlo y proclamarlo, ganar para Jesús el mundo entero... Y después, soñar como Pablo en estar para siempre con el Señor Jesús, sin que lo hayamos de soltar nosotros, sin que Él ya no se nos pueda esconder ni escapar...